

Empleo, desempleo e informalidad: la composición del mercado laboral de la región NEA. Una caracterización con los datos de la EPH.

Ana M. Pérez Rubio*

Si bien en las últimas mediciones realizadas por el INDEC las cifras del desempleo han descendido, este cambio debería atribuirse sólo en parte a la recuperación de los puestos de trabajo, jugando un papel importante en la conformación de las estadísticas la vigencia de los distintos planes sociales —que, al incluir como condición una contraprestación laboral, transforman, para las mediciones, a los beneficiarios en “ocupados”— y las diferentes estrategias de auto-empleo que ponen en práctica los desocupados para lograr sobrevivir. Por lo tanto, tales cifras no estarían indicando necesariamente un mejoramiento en la situación de los trabajadores y sí en cambio la persistencia de un mercado segmentado cuya evolución no alcanza a dar cuenta de una reversión de los procesos de exclusión, fragmentación o polarización social patentizada en la distinción entre sector formal e informal, precariedad laboral y empleos registrados y estables, y en la situación de sobre-calificación en la que se encuentran numerosos trabajadores en relación con los puestos que ocupan (Salvia, 2002).

Por lo demás, la baja de los índices de desocupación no han derivado en una disminución importante de los niveles de pobreza, ya que como ocupados figuran proporciones altas de trabajadores que pertenecen a hogares pobres, conjuntamente con los beneficiarios de planes sociales. En estas cifras, son las situaciones de informalidad las que poseen la mayor incidencia, en particular debido al bajo nivel de ingresos y su lenta recomposición en este sector; pero también debe destacarse la proporción de asalariados pobres en el sector formal, incluso con buen nivel de calificación. De este modo el mercado de trabajo se configura a partir del posicionamiento de los distintos sectores de la población con necesidad de trabajar en espacios económicos y sociales particulares, las que derivan de sus posibilidades diferenciales de acceso a las ocupaciones de mayor desarrollo técnico y personal, junto a otros propios de las economías de la pobreza. (Salvia, id.).

En consecuencia, la situación laboral presenta un creciente grado de diversidad y discontinuidad, reemplazando el paradigma del empleo homogéneo y estable, por el crecimiento continuo de empleos precarios, la destrucción de los empleos protegidos y la creciente incorporación de los trabajadores asalariados a situaciones de desocupación, subocupación e informalidad. Pero, además de oponer —como tradicionalmente— grupos a partir de jerarquías de ingresos y ocupaciones, ahora se constatan, también, altos niveles de diferenciación cualitativa al interior de los distintos colectivos generando nuevas desigualdades derivadas de las particulares condiciones del mundo socio-productivo y que han afectado las trayectorias laborales, transformando la composición de las categorías sociales que hasta entonces se presumían de uniformes (Ronsanvallon, 1997: 74). A partir de ellas, los individuos que antes formaban parte del mismo colectivo se ven enfrentados a un conjunto de circunstancias disímiles desdibujando las fronteras que separaban los distintos grupos

sociales, y en los que “la conflictividad social (parece estar) evolucionando desde una dialéctica de los contrarios (como opuestos o enfrentados) hacia una dialéctica de los distintos” (Villarreal, J. 1999). Así, y en el interior de estos colectivos coexisten el trabajo estable con el precario o independiente, e individuos con historias y trayectorias de vida diferentes y volúmenes distintos de capital y que, marcados por la aleatoriedad resultan asignados a uno u otro sector dentro del mismo mercado de trabajo, el de los empleos estables o el de los inseguros.

En sintonía con estas reflexiones, el presente artículo se orienta a revelar el cuadro de propiedades pertinentes del conjunto de agentes emplazados en el mercado laboral —de la región NEA— los que pueden ser caracterizados a partir de tales propiedades, configurando distintos colectivos o clases. Recurrimos para ello al análisis factorial de correspondencias, metodología descriptiva que transforma un conjunto de medidas individuales en factores que describen la máxima variabilidad, dando cuenta del modo cómo se organizan colectivamente los datos en el espacio multidimensional mediante el análisis simultáneo de un gran número de variables —cualitativas u ordinales— y sus relaciones, privilegiando algunas y proporcionando una estructura gráfica de los datos. Tratando adecuadamente las co-ocurrencias observadas permite la elaboración de tipologías que son reproducibles independientemente del observador, facilita la comparación de todas las unidades de observación, a través de todas las modalidades de las características observadas¹. Asimismo, permite poner en evidencia la composición de estos diferentes colectivos que se configuran a partir de las posiciones ocupadas por los agentes en el mercado laboral —definido como un campo social— y que se ocultan tras las categorías de *ocupación, desempleo, temporalidad, inactividad*, etc. con la intención de mostrar que tales agrupamientos se encuentran constituidos por individuos que, ocupando lugares similares en el espacio social o compartiendo un conjunto de propiedades en común, presentan, al mismo tiempo, una alta diversidad y heterogeneidad, producto de las transformaciones sobrevenidas en el mundo social y productivo en las últimas décadas. En consecuencia, y si bien el mismo está basado en las cifras de la Encuesta Permanente de Hogares para la región NEA, no abriga un interés cuantitativo sino particularmente cualitativo.

Partimos de la noción de campo que —según Bourdieu (2005)— permite pensar el mundo social no de manera sustancialista, sino como un espacio de relaciones (pág. 319). En términos analíticos un campo puede ser considerado como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones están objetivamente definidas, en su existencia y en las determinaciones que imponen sobre sus ocupantes, agentes o instituciones, por su posición presente o potencial en la estructura de distribución de especies de poder (o capital) cuya posesión ordena el acceso a ventajas específicas que están

45

* Conicet – Centro de Estudios Sociales. UNNE - amperez@unne.edu.ar

en juego en el campo, así como por su relación objetiva con otras posiciones (dominación, subordinación, homología, etc. (id: 150); en consecuencia, los espacios sólo se dan a conocer bajo la forma de propiedades distribuidas entre individuos o instituciones concretas.

La exposición ha sido organizada de la siguiente forma: en un comienzo se presenta el modo cómo se estructura el mercado de trabajo en la Región NEA luego, algunas cifras en relación con las categorías apuntadas para el segundo semestre del año pasado (2005) y finalmente, la tipificación de estos grupos mediante sus atributos estadísticamente significativos.

Conformada por las provincias de Chaco, Formosa, Misiones y Corrientes, la región nordeste, constituye una de las zonas con menor desarrollo del país, y pertenece, según la clasificación realizada por Rofman (1999), en el concierto de provincias, al *área periférica rezagada* con marcado retraso productivo y empresarial y una alta propensión hacia el trabajo en negro junto con el predominio de formas no capitalistas de producción, tenencia de la tierra minifundista, ocupación ilegal y baja productividad. En cuanto a las cifras del empleo, según estadísticas del INDEC, para el primer trimestre del año 2006, se estimaba una tasa de actividad del 36%, notablemente baja en comparación con los valores de las otras regiones del país, al igual que la desocupación con un 7% sobre el total de la población, cifra que además responde a la alta proporción de beneficiarios de los planes sociales de empleo adjudicados en la zona (8% sobre el total de los ocupados).

La estructura del mercado de trabajo:

Hemos seleccionado para este punto –tal como adelantáramos– como herramienta el análisis factorial de correspondencias (AFC). Se trata de una técnica que analiza el espacio social a partir de las posiciones relativas y de las relaciones objetivas entre esas posiciones que son proyectadas en un diagrama o gráfico de coordenadas; con ella es posible construir los grupos a partir de sus posiciones en el mismo. Bourdieu (2004) propone –en *Cosas dichas*– comparar este espacio social con un espacio geográfico en el interior del cual se recortan las regiones y que se encuentra construido de tal manera que los agentes, los grupos o las instituciones que en él se hallan, tienen tantas más propiedades en común cuanto más próximos estén en este espacio y tantas menos cuanto más alejadas; en consecuencia, las distancias en el papel coinciden con las distancias sociales. Las relaciones objetivas son relaciones entre las posiciones ocupadas por los agentes, que se distribuyen en el espacio social global según los distintos volúmenes y la estructura de las diferentes especies: del capital económico, cultural y simbólico. En resumen, a partir de este análisis es posible identificar, conjuntos coherentes y diferentes de posiciones en el mercado laboral asociados, al mismo tiempo, a un sistema de posiciones que los distinguen y que a su vez se relacionan con sus condiciones de producción.

Los indicadores que miden la vinculación con la actividad económica aportan la contribución más alta a la constitución del primer factor (6.9%), que resume el 28.6% de la inercia, contra el 17.6% del segundo factor (ver Gráficos al final del artículo). Se tiene así a aquéllos que se encuentran de algún modo incorporados al mercado laboral, y por la parte contraria quienes carecen de tal vínculo, ya sea a consecuencia del desempleo o bien porque se declaran inactivos. En el primer grupo, se incluyen las distintas categorías ocupacionales, con grados variables de intensidad en las mismas. El otro conjunto está formado por aquellas personas que debido a su

edad, u otros aspectos, configuran la población no económicamente activa, pero también por los desocupados; de este modo, la inactividad económica –elegida o forzosa– los aproxima en el espacio social, desdibujando su perfil de sujetos activos, son los “socialmente inútiles” de los que habla el discurso sobre la exclusión (Karsz, 2000).

El segundo factor, caracteriza sistemáticamente el trabajo en términos de sus propiedades intrínsecas, siendo los indicadores que relacionan el empleo con niveles diferenciales de precariedad los que dan la principal contribución y expresan una oposición, que sitúa en la parte inferior del segundo eje (vertical) y del lado del polo de actividad –definido por el primer factor– a aquellos individuos que cuentan con empleos permanentes en el sector formal de la economía, con beneficios sociales y niveles más altos del ingreso, mientras que en la parte superior (del gráfico) se encuentra el otro conjunto, formado por trabajadores precarizados, sin beneficios sociales, también los casos de auto-empleo, venta ambulante y algunos beneficiarios de los planes sociales, en tanto que en polo de la inactividad se hallan los individuos (a la derecha del gráfico), desempleados/inactivos ubicados bajo la línea de pobreza e indigencia. Dicho de otra forma, el segundo factor, más bien enfrenta a los ocupantes de una sub-región en el espacio social definida por la integración, el empleo regular y los soportes de sociabilidad, –formas prevaletentes en el sector público–, con aquéllos que se encuentran en una situación inestable, de alta vulnerabilidad y trabajo precario, conjuntamente con una zona de *exclusión* donde se ubican quienes han quedado al margen del sistema y sólo sobreviven debido al asistencialismo de los planes sociales.

Finalmente, en la zona media del gráfico se ubican fundamentalmente los trabajadores independientes, cuenta-propistas sin relación de dependencia y ciertamente heterogéneos, con trayectorias variadas que pueden en algunos casos acercarlos a los lugares que concentran las mejores posiciones en el mercado o bien descender hacia las zonas más precarizadas de la informalidad.

La proyección de las variables ilustrativas de las características *objetivas* hace aparecer, en relación con el primer grupo la concentración de los niveles más altos de ingreso y de certificaciones educativas, mientras tales indicadores decrecen en relación con los otros conjuntos. En esta oposición, en definitiva, se representa la alta segmentación del mercado laboral y los cambios que se han producido en los últimos años en la estructura ocupacional, caracterizada por el incremento de la heterogeneidad y la inestabilidad, y la expansión de los empleos precarios e informales, que hablan menos de exclusión, en sentido estricto, que de nuevas formas de retención y explotación de la mano de obra, en tal sentido los desocupados resultan ser los más visibles y dramáticos, aunque no los únicos (Nun, 2001).

Intuitivamente, se ve que la estructura según la cual se organizan estos indicadores de los diferentes modos de inserción laboral se corresponde con la estructura de los mercados de trabajo y por consiguiente con la estructura de las posiciones. Y de hecho, por parte de los individuos la oposición más rotunda se establece entre los estables y los precarizados y/o marginalizados. La proyección como variables suplementarias de los determinantes de la posición (ingresos, titulación, edad) confirma que esta organización se corresponde con la de la distribución de las especies de capital, distribuyéndose el capital escolar sobre el primer eje desde las certificaciones superiores hasta la ausencia total de titulaciones,

al igual que los ingresos que presentan una distribución similar, aunque menos lineal.

Pero, no se debe caer en la tentación de pensar que estos grupos —en el papel, como diría Bourdieu— representan las clases objetivas o que los mismos son totalmente homogéneos, sino todo lo contrario, su característica principal es una alta diferenciación interna producto de una variedad de trayectorias individuales que poseen puntos de inicio diferentes y donde el nivel de ingreso, capital cultural y la categoría socio-profesional ya no se corresponden como en el pasado. Ello impide, por lo tanto, considerar identidades colectivas debiendo atenderse a los itinerarios particulares y sus variaciones en el tiempo. En relación con esta cuestión, Fitoussi - Rosanvallon (1997: 73) distingue dos tipos de desigualdades: las estructurales, que remiten a las tradicionales diferencias entre ingreso y categorías sociales y las dinámicas, propias de la actual sociedad y que destacan el surgimiento de nuevas desigualdades que derivan de la recalificación dentro de las categorías; se trata, en realidad, de diferencias intra-grupos que frente al desempleo generan divergencias de ingreso y patrimonio entre quienes antes formaban parte de un mismo colectivo social.

En relación con el segundo aspecto de la propuesta, a continuación, se presentan —siempre a partir de la información proporcionada por la EPH— las categorías que tipifican las distintas posiciones en el sistema de producción y su vínculo con el empleo. Para ello, hemos recurrido a la identificación de las modalidades significativas², procedimiento que permite una vez establecidas las correlaciones entre las variables analizadas caracterizarlas a partir de las modalidades de otras variables nominales. De este modo, es posible la tipificación de un grupo por sus atributos estadísticamente “significativos”, proporcionando una ordenación de ellos, con la ayuda de un criterio estadístico (*valor test*) que se halla asociado a una probabilidad: cuando mayor sea el valor test, más pequeña será la probabilidad y más característico el elemento.

La caracterización de los grupos:

La puesta en cuestión de la sociedad salarial deja afuera del empleo a cantidad de personas, obligadas a encontrar nuevas formas y estrategias de supervivencia y a la configuración de nuevas identidades: los informales, los precarizados, los auto-empleados, los desocupados, los beneficiarios de planes asistenciales. Igualmente, los espacios del trabajo se modifican, no sólo porque los lugares son insuficientes, sino porque los espacios son otros (la casa, la calle, etc.).

En el análisis realizado, (ver Tabla nº 1, al final del artículo) la categoría de ocupados supone la más alta heterogeneidad en relación con los otros grupos en tanto ampara en su interior una diversidad de formas de empleo y/o auto-empleo que en función de la estrategia de obtención de los datos los subsume bajo una misma denominación. Con claro predominio de obreros y empleados —ocupaciones en relación de dependencia— que se desempeñan en la actividad privada, concentra la población con mejores niveles educativos, el resto de los indicadores dan cuenta de la mencionada heterogeneidad con un 12% de trabajo temporario y un 9% de trabajadores incorporados a los planes asistenciales de empleo. Nótese, sin embargo, que los “no pobres” en este grupo son el 42%, mientras que los “no indigentes” llegan al 67%.

En el grupo de desocupados se ubican los individuos, perceptores de los tramos más bajos de ingreso, los jóvenes y los trabajadores independientes, asimismo, es alto el porcenta-

je de quienes se encuentran bajo la línea de pobreza (67%) e indigencia (40%). Pero, es de destacar también la diferenciación en los niveles de escolaridad de este grupo dando cuenta, así, de la pluralidad de orígenes y trayectorias de quienes conforman esta categoría.

El tercer grupo, se corresponde con los beneficiarios de los planes de empleo —exclusivamente “jefes/jefas de hogar”—, e involucra el tramo de edad de entre 25-50 años; si bien estos individuos se encuentran asistidos por el Estado y figuran en una importante proporción como ocupados plenos, desde la perspectiva del empleo, sin embargo, su condición es la precariedad, no sólo porque en estos planes no se han incluido los distintos beneficios de los que gozan los trabajadores regulares —salud, jubilación, etc.— sino porque además, el ingreso que perciben los ubica, a muchos de ellos, en situación de pobreza incluso extrema en muchas circunstancias.

En efecto, entre los individuos que se encuentran *bajo la línea de pobreza* casi la mitad de ellos son indigentes, con una proporción importante de niños y jóvenes; es interesante anotar que sólo el 6% de los pobres está incluido en un plan de empleo, y el 4%, desempleado, el resto de ellos son inactivos —en su mayoría menores o mujeres— en dependencia de un activo que se desempeña en puestos con bajos niveles de remuneración, en trabajos temporarios, en el sector informal de la economía. Si bien más de la mitad de ellos posee educación secundaria, hay una proporción considerable de individuos sin instrucción o que nunca asistió a la escuela; este menor nivel educativo, los diferencia del conjunto de los desocupados, que registran certificaciones en los distintos niveles de formación, con una proporción interesante con titulaciones terciarias. La caracterización de los que se sitúan *bajo la línea de indigencia* no presenta diferencias significativas con el anterior, aunque aumenta el grupo de los sin instrucción. Con todo es alta la proporción de personas con estudios secundarios completos que puede atribuirse a la presencia de jóvenes y estudiantes en este conjunto.

En las dos últimas columnas se incluye la información relacionada con los trabajadores registrados —y no registrados—, tomando como indicador el tipo de comprobante de pago que reciben, y que incluye además a quienes facturan por el trabajo que realizan, en general se trata de profesionales (23% ha completado los estudios universitarios) que se vinculan con el sector privado. Los trabajadores que obtienen un recibo de sueldo según las reglamentaciones vigentes, incorporados de este modo al sector formal de la economía cuentan con los beneficios sociales y los niveles de ingreso más altos, estando en un 62% de los casos vinculados con el empleo estatal. Si bien en este grupo los indicadores referidos al empleo son relativamente satisfactorios, no debe desconocerse que tales condiciones laborales no invalidan las situaciones de pobreza (sólo el 57% de estos trabajadores se encuentran por sobre esta posición). Las características que presenta el conjunto de trabajadores no registrados y quienes perciben sus ingresos “en negro” presentan la esperada asociación con los indicadores de precarización, marcada por el predominio de empleos temporarios, sin beneficios sociales, pero también la vinculación que posee la condición laboral con las situaciones de pobreza e indigencia. Debe destacarse también la afinidad con los tramos de edad más jóvenes y con las mujeres.

La significativa asociación entre pobreza y precarización laboral:

El interés que reviste encarar el análisis de la EPH con esta

estrategia es, fundamentalmente, dar cuenta —o reconocer— las características particulares que presenta el objeto de estudio propuesto —es decir, el mercado laboral, como campo social relacional y multidimensional— que demanda ser descifrado en sus diferencias sociales, espaciales y temporales. El mundo del trabajo, en los últimos años, se ha modificado introduciendo cambios importantes en la estructura ocupacional, en tanto que el aumento del desempleo y la precarización de las ocupaciones aparecen como uno de los rasgos característicos de este proceso, mientras la informalidad —como estrategia de incorporación al sector laboral, que se no se constituye sobre la base de la compra-venta directa de fuerza de trabajo— se presenta básicamente como alternativa frente a la pérdida del empleo.

El crecimiento de la informalidad, en sus diferentes formas, supuso, además de la inestabilidad y los niveles mínimos de ingreso, la pérdida de los beneficios solidarios que la regulación laboral anterior garantizaba, reduciendo a la marginalidad a importantes sectores de la población. Esta situación vinculada en el discurso neoliberal, junto con la exclusión y la pobreza, a la crisis económica ha devenido, sin embargo, en los últimos años la evidencia de que se ha llegado al límite de un modelo de desarrollo y que las mismas configuran un rasgo de normalidad de la actual sociedad, derivada de la incapacidad de incorporar de forma directa una parte de la fuerza de trabajo al sector moderno de la economía. En el espacio geométrico que define el análisis de correspondencias aparecen representados tres conjuntos —a la manera de las zonas de la vida social que identifica Castel (1997)— que configuran un *continuum* que va desde la integración mediante el ejercicio de un empleo regular, que brinda los marcos institucionalizados de la sociabilidad, transcurriendo por una región de vulnerabilidad, definida por el trabajo precario y la inestabilidad y que llega a un sector de exclusión en la que caen los individuos más vulnerables, pero también algunos miembros de la zona de integración. Se trata, en consecuencia de procesos que tienen su origen en el centro y no en los bordes de la vida social y que los transforma en población excedente, marginándolos, como resultado de la desestabilización y la degradación de las relaciones laborales. Sin embargo, no hay fronteras estrictas, ya que una característica fundamental es la marcada heterogeneidad de los sectores que ocultan, en su interior, segmentos más o menos próximos a la economía capitalista, junto con otros que se caracterizan por su baja productividad, ineficiencia y trabajo en negro; en ellos, la competitividad se logra mediante la no incorporación al sistema de regulaciones —patentes, impuestos, inscripciones, seguridad laboral o de salud— y la disminución del precio que se asigna al trabajo.

Dicha situación configura un nuevo escenario, que desdibuja las posibilidades de acceder a oportunidades efectivas de movilidad o progreso personal, aspiraciones que en la sociedad argentina se basaron siempre en el logro de mejores certificaciones educativas y que ahora se ven desmentidas por la coexistencia de instruidos —de nivel medio y superior— y escasamente instruidos —con nivel primario completo y menos— en las huestes de desocupados, pobres e indigentes. En consecuencia, quienes suelen ser identificados como formando parte de los sectores excluidos no son —como antaño— los incapaces o incapacitados, sino por el contrario, aquellos que sobran, los que no encuentran un lugar en el sistema formal de la economía, “los normales inútiles” (Rosanvallon, op. cit.), nuevos pobres que han visto en los últimos años degradarse sus anteriores condiciones de vida. Los datos presentados dan cuenta de esta pluralidad al interior de los grupos, consecuencia de las modificaciones producidas en el ámbito de la economía y el mundo del empleo —y de las fuertes asociaciones que existen entre los niveles de precarización laboral y los índices de pobreza e indigencia— que, al generar desplazamientos de trabajadores desde el sector formal, aproximan en el espacio social a individuos que, por trayectorias anteriores y volumen y estructura de capital, forman parte de colectivos sociales diferentes. También revelan la fuerte asociación que existe entre las condiciones ocupacionales de los actores y sus condiciones de vida, independientemente de las características particulares que posean; de no ser así, los distintos conjuntos guardarían una cierta homogeneidad al interior de los mismos. Los acentuados procesos de exclusión, informalización y precarización, se muestran en la diferenciación cualitativa que atraviesa transversalmente, tanto el ámbito de la formalidad como el de la informalidad. Ambos segmentos se encuentran condicionados por el modo de funcionamiento de la economía, en particular el sector moderno, quien a partir de sus necesidades define el tamaño de la demanda de fuerza de trabajo y el excedente de la misma. Tales procesos, derivados de la transformación de la sociedad salarial, la segmentación de los mercados y el incremento de la heterogeneidad y la inestabilidad, han favorecido la expansión de los empleos precarios o informales, siendo algunos sectores más afectados que otros, en particular, los jóvenes y los niños que figuran en mayor proporción entre los pobres e indigentes, en tanto que las mujeres lo hacen en la categoría correspondiente al trabajo precario. Por lo tanto, no reconocer la existencia de un continuo entre las diferentes posiciones que se verifican en el espacio social que definen las relaciones de producción es eludir la consideración de las causas de tales procesos.

NOTAS:

¹ Bourdieu sostiene, a propósito de este método de análisis, que “es una técnica relacional de análisis de datos cuya filosofía se corresponde, exactamente, a mi modo de ver, con aquello que es la realidad del mundo social. Se trata de una técnica que “piensa” en términos de relación, precisamente como yo intento hacerlo con la noción de campo” (149).

² también mediante el empleo del SPAD (Système portable de analyse de donnés). DECISIA

Bibliografía:

- Bourdieu, Pierre (2004): *Cosas Dichas* México: Gedisa, editorial, (pág. 130 y sgs)
- Bourdieu, Pierre y Wacquan, Loïc (2005): *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires, Siglo XXI
- Castel, Robert (1997): *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Fitoussi, J. y Rosanvallon, Pierre (1997): *La nueva era de las desigualdades*. Buenos Aires Ed. Manantial.
- Karsz, Saúl (2004): “La exclusión: concepto falso, problema verdadero”, en KARSZ, Saúl “*La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y Matices*” España: Gedisa. pp 133-214
- Nun, José (2001): *Marginalidad y Exclusión Social*: Fondo de Cultura Económica Argentina
- Rofman, A. (1999): *Las economías regionales a fines del siglo XX. Los circuitos del petróleo, del carbón y del azúcar* Buenos Aires: Ariel.

Tabla N° 1: “Descripción de las variables ocupacionales según sus asociaciones significativas”.

Ocupados (34.69%) ^o	Desocupados (2.78) ^o	Plan de empleo (3.1%) ^o	Bajo la línea de pobreza (50%) ^o	Bajo la línea de indigencia (21%) ^o	Empleo regular (15%) ^o	Informalidad (73%) ^o
75% relac. dependencia	58% decil 1	96% plan jefe de hogar	42% indigentes	100% pobres	83% beneficios	78 % plan de empleo
67% actividad privada 44% ocupación plena 42% trabajo permanente	30% entre 20/24 a. % obrero/empleado	100% s/ jubilación 93% ningún beneficio	85% decil 1 55% educ. secundaria	93% decil 1 61 % secundario	100% rel. dependencia 81% trab. permanente	81% trabajo temporario 91% no tiene beneficios
39% sobreocupado	40% indigentes	11% r/dependencia	34% 0-13 años	37% primario Inc.	100 % ocupados	100% rel/depend.
39% s/ benef. sociales	47% educ. terciaria	100% ocupado	31% primaria incompleta	40% de 0-13 años	62% estatal	43% entre 25-35 años
36% con beneficios	20% cuenta propia	76% ocupado pleno	54% hijos	28% inactivo (- 10 años)	58% jefes de hogar	33% estatal
30% sector estatal	66% varones	47% t. temporario	24% menores 10 años	30% de 14 a 19 años	44% - 36/50 años	73% pobres
20% cuenta propia	67% son pobres	64% estatal	38% estudiantes	42% estudiantes	49% decil 5/7 ingreso	36% indigentes
14% decil3 de ingreso	24% sec. completo	55% trab. registrado	5% plan de empleo	6% plan de empleo	25% univ. completo	30% primaria completa 67% mujeres
12% t. temporario	12% universitario	40% entre 25-35 años	43% asiste escuela	5% desocupado	57% no pobres	26% 36-50 años
9% plan de empleo	55% hijos	34% 36-50 años	14% sin instrucción	16% sin instrucción	12% plan de empleo	27% secundaria incomp.
16% univ. completo.	24% sec. incompleto	97% decil 1	11% educac. primaria	8% nunca asistió esc.	27% 25 – 35 años	16% 20-24 años
8% plan jefe	16% univ. incompleto	78% son pobres	16% sin benef. sociales	6% trab. temporario	36% privada	
21% sec. completo		16% subocupados	6% trab. temporario	30% del t. temporario	77% no indigente	
38% nivel terciario		40% indigentes	16% de 14-19 años	15% no tiene beneficios	20% 51 – 65 años	
22% prim. completa		34% prim. completa	4% desocupado	18% primaria completa	19% decil 3-4 ingreso	
42% no pobre		53% secundario	8% nunca asistió escuela	50% varón	15% sin beneficios	
67% no indigente		40% nivel terciario	19% primaria completa		52% varones	
55% masculino		100% changa	20% sec. incompleta		Con entrega de factura 68% privados	
			10% trabajo en negro		23% univ. completa	
			11% ama de casa			

^o Los porcentajes que encabezan las columnas han sido calculados sobre el total de la población: activos e inactivos

Fuente: elaboración propia en base a EPH 2005-Región NEA